

que todo marinero borracho, con sólo chapurrear una de esas fórmulas, puede manosear nuestra paz y obligarnos a la pelea, al bastonazo o a la cobardía. ¡Tan convencional es la cosa! Hay literato en Groenlandia que cuando dice *Fulano de Tal es un degenerado y plagiarlo*, lo que quiere decir, es: *Fulano de Tal no frecuenta la misma confitería que yo*, y así se lo entienden).

Releo este afabilísimo *Reloj de Sol*, y una curiosidad clandestina —la misma que ha desordenado más de una vez mis lecturas de Unamuno, de Tomás de Quincey, de Hazlitt me hace preguntar: Este hombre tan sagaz, tan inteligente de los delicados errores y de los delicados aciertos de todo escrito, ¿creerá de veras en la venerabilidad de las letras, en la perfección durante dos horas? La interrogación es íntima, ya lo sé; voceada en la mitad del día, sin un declive propiciatorio de dudas, parece lastimar el más secreto pudor de la inteligencia. Quizá fuera más posible de noche, en esas horas anónimas y alargadas que son los arrabales del alba y en que el atrevimiento de trasnochar se hace discutidor, y en las que razona el desgano físico . . . Indecible o no, mi indiscreción es demasiado íntima para ser satisfecha por otro que Alfonso Reyes, y ése, quién sabe. A lo mejor, él mismo lo ignora (Hay negocios demasiado íntimos y definitivos para ser tarea de nuestro pecho). Hay quien descrea del arte —Quevedo, barrunto, fué uno de sus mayores incrédulos— y quien aparenta negarlo, y sin embargo firma libros y corrige pruebas y reivindica para sí una prioridad, como los dadaístas. Reyes bien puede asemejarse a Quevedo. Esos miramientos con Góngora, esa su piadosa tertulia de *Los amigos de Lope*, ¿no están insinuándonos que le interesa más la pregustada (posgustada) realidad de esos escritores que la de su tan laureada escritura?

Jorge Luis BORGES.

Síntesis. Buenos Aires.

Junio 1927. pág. 110-114.

ALFONSO REYES

En el memorable homenaje que un núcleo de escritores americanos y europeos, tributó en París al ilustre maestro Paul Groussac, Alfonso Reyes, decía: "Hay hombres en quienes el fermento de vida no se está quieto. En la torre de su espíritu, se abren a un tiempo las cuatro ventanas cardinales, y no bien se asoman por una, cuando ya les solicita, no la curiosidad —que son absolutos, y entre Dios y ellos no queda intersticio para la simple curiosidad— sino la necesidad imperiosa de las otras tres ventanas del alma. Estos son por derecho propio, ciudadanos del mundo: hombres de frontera, en cuya mente se concilian y son fecundos los sabores y encontrados orgullos de varias razas, de varios pueblos. Parece que los torturara, desde los albores de la conciencia, un mal divino".

En realidad, también cabría ajustar la sentencia de los términos a la honda espiritualidad del mexicano. Espíritu abierto y sensible a todas las manifestaciones del arte y la belleza, ha logrado madurar en la juventud de la quimera el bello atributo de la fama y de la gracia. Nacido el 17 de Mayo de 1889 en Monterrey, la ejecutoria de su vida define la victoria de la aptitud creadora y la inteligencia fuerte. Ajeno a las luchas políticas de su patria, la acción de su pensamiento fue enaltecer el abolengo de la cultura nacional.

La serenidad de su disciplina estética denuncia al escritor completo, de enjundia clásica y erudición moderna. Fundador de revistas y creador de libros, ha consolidado el dinamismo del carácter y el ingenio. A los veintitrés años, dice un biógrafo, revelaba la compleja sabiduría de los hombres graves. Poeta, escritor, crítico y pensador: las más variadas facetas del valor mental en la prueba del conocimiento y del trabajo. "Alfonso Reyes, señala un contemporáneo, puede considerarse hoy en día, entre la familia intelectual mexicana, como el talento más poderoso y el espíritu más culto y de mayor fuerza dinámica".

Alfonso Reyes es un hombre de ideas y de sentimientos claros. Todos sus libros están llenos de bellas sugerencias filosóficas y estéticas. La brevedad es su norma, le interesan las obras fragmentarias, los ensayos alígeros, los artículos prudentes. Él mismo dice: "A juzgar por el aceleramiento de la vida, así como se ha dicho que la revista matará al libro, puede asegurarse que la nota matará al artículo. No se ve, antes de aventurarse en una lectura, si el asunto nos interesa, si la firma nos merece confianza: se ve si ocupa más de tres páginas. Los libros de notas —pulso febril del tiempo— serán la literatura de mañana, y ya casi son la de hoy".

Podría definírsele como un constructor de paradojas y un forjador de ideales. No le alarma la bravura del siglo, ni la contradicción de las escuelas literarias. A él le apasiona la unidad de la literatura moderna que refleje la fisonomía espiritual de América. Una nación no tiene ciudadanía en el culto de la universalidad. *Su Visión de Anáhuac* plasma ese anhelo de restauración artística, porque comprende que "cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y no soy de los que sueñan con perpetuaciones absurdas de la tradición indígena y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española) nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa: esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo paisaje natural. El choque de la sensibilidad con el mismo mundo labra, engendra un alma común. La emoción histórica es parte de la vida actual, y sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz".

A propósito de este libro, Alfonso Reyes, escribe, en *Reloj de Sol*, aquellas alentadoras palabras: "Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: "En busca del alma nacional". *La Visión de Anáhuac*, puede considerarse como un primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica:

buscar el pulso de la patria en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado; pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos. Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario; porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso: todo hecho esconde una secreta elocuencia, y hay que apretarlo con pasión para que suelte su jugo jeroglífico. ¡En busca del alma nacional! Esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política. Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados. ¡Quién lograra sorprender la voz solidaria, el oráculo informulado que viene rodando de siglo en siglo, en cuyas misteriosas conjugaciones de sonidos y de conceptos, todos encontrásemos el remedio a nuestras disidencias, la respuesta a nuestras preguntas, la clave de la concordia nacional!"

Inició su obra literaria con *Cuestiones Estéticas*, estudios varios, y *El Suicida*, serie de meditaciones originales y pesadillas líricas, escritas para que "corran por el aire de la noche como una onda de inquietud o un grito de sed". Luego, están los *Cartones de Madrid*, notas y artículos fugaces como las de su hermano menor, *Calendario*, donde toda intención es parabólica.

El *Plano Oblicuo*, cuentos y diálogos, y *El Cazador*, ensayos y meditaciones, poseen un estilo dúctil y una emoción profunda. Además, se agregan las series de *Simpatías y Diferencias*, que "serán a la larga, según nos dice, como un plano de fondo, como el nivel habitual de mis conversaciones literarias". "Escribir, agrega, es como la respiración de mi alma, la válvula de mi moral. Siempre he confiado a la pluma la tarea de consolarme o devolverme el

equilibrio, que el embate de las impresiones exteriores amenaza todos los días. Escribo porque vivo. Y nunca he creído que escribir sea otra cosa que disciplinar todos los órdenes de la actividad espiritual, y por consecuencia, depurar, de paso, todos los motivos de la conducta. Ya sé que hay grandes artistas que escriben con el puñal o mojan la pluma en veneno. Respeto el misterio, pero yo me siento de otro modo. Vuelvo a nuestro Platón y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza”.

En *Retratos Reales e Imaginarios*, traza una sucesión de comentarios y lecturas sobre Gracián, Vespuccio, Napoleón y otros. Tiene Reyes la actividad honrada y armoniosa de la inteligencia superior, el desasociado de las palabras con alma y con sangre. “Hay palabras, señala, que se deslizan y nos abren el corazón como una espada fría y sutil. A veces, convidan a la locura, y a veces, a la prudencia. Se caen de la portezuela de un coche; ruedan desde una ventana a la calle, articuladas entre un suspiro y un bostezo. Y nadie las advierte. No hacen más ruido que el de un guante que se deja caer”.

Nada se salva a la avidez de su interrogación visual y a la semblanza expresiva de su sensibilidad. El representa el espíritu inquieto que armoniza el sello original de las cosas humanas y el equilibrio tácito de las fuerzas morales. A su labor de estudioso debemos las hermosas traducciones de Chesterton y Sterne y también serias investigaciones sobre literatura clásica. Trabaja, medita, y cada libro escrito es un deseo satisfecho y elocuente.

Alfonso Reyes es igualmente poeta. El oye la “música de los pensamientos” y sabe aprisionar las melodías inefables. El poema dramático *Ifigenia Cruel* trasunta hermosas expresiones. *Huellas*, el libro de poesías que abarca el período de 1906 a 1919, contiene bellas composiciones.

No olvidaremos, tampoco, su último libro, *Pausa*, publicado en 1926.

De Alfonso Reyes puede decirse que es un animador de la

cultura y la belleza. En la quietud de la biblioteca, recorriendo pueblos o musicalizando ensueños, la virtud de su temperamento es trabajar. Estudios antiguos y estudios modernos, retratos de amigos y paisajes, versos y poemas. En ese fervor curioso y atento, ha logrado afirmar, sin discusión, el prestigio de su nombre y la simpatía de su obra. He aquí, en algunas líneas, la descollante figura del escritor americano, el hombre de la amistad inalterable y la conversación magnética, él también, “ciudadano del mundo” y en quien debemos saludar al vigoroso representante de las letras mexicanas.

Julio ARAMBURU.

Nosotros, Buenos Aires.

Junio de 1927..

ESCRITORES DE LA AMERICA LATINA:

ALFONSO REYES

La poesía, el arte no es ya flor de terruño —*fleur de terroir*— sino ramillete vario en que se armonizan y dan recíproco realce los matices y aromas del jardín entero de la tierra. Y ¡ay de los amantes de esas flores divinas cuando se extravía o pierde un *jardinero*! O siquiera se aleja.

Eso es lo que pensaron muchos hace algunas semanas al saber que abandonaba París el exquisito, el nunca bien alabado Alfonso Reyes, ministro de México, a quien M. de Monzie, al final de un conmovedor y espléndido banquete de despedida, saludaba como el continuador moderno del gran *abuelo* de todos los diplomáticos escritores, nuestro Chateaubriand.

Aquel perfecto amigo de Francia y aquel artista perfecto, Madrid nos lo había cedido, Madrid donde dejara, antes de dejarlo aquí, rastro larguísimo de nostalgia. Alfonso Reyes era tan querido en España, que se habían llegado a olvidar del todo allí que no era español. ¿Y acaso no tenían razón?

Español, lo es por el habla, por la lengua que maneja con singular conocimiento de sus recursos, un conocimiento y una ciencia, no de aficionado, ni siquiera de artista, sino de humanista y aun de erudito, pero con una agilidad y libertad enteramente modernas y una gracia a la vez delicada, viva y voluptuosa que sólo él posee. Esa lengua tan rica y tan sabrosa, una de las últimas, por lo menos en la familia románica, que resiste a la niveladora invasión científica, a esa terrible uniformidad y espantosa despersonalización que son como sabor anticipado del esperanto del porvenir, ese hablar al mismo tiempo recio, numeroso y sonoro, rico de por sí hasta la suntuosidad, hasta el recargo, Alfonso Reyes lo enriquece aún. Pero no como los novadores pueriles, por medio del exotismo, soltando a modo de pájaros chilladores bandadas de vocablos nuevos — y Dios

sabe si le hubiese sido fácil traerlos a redadas de su tierra — sino como artista de raza, como clásico auténtico, variando el arco iris de cada término, añadiéndole algún trémulo sutil y algún movidizo reflejo que nuestros ojos no habían vislumbrado aún, o, para decirlo más claramente, proyectando sobre la realidad la tornasolada finura de una de las más refinadas y exquisitas sensibilidades: la propia.

Algo es, por más que diga el “vulgo necio”, y aunque no se escriba para público alguno ni se hayan de saborear los aplausos de la muchedumbre, ni cobrar cheques de editores, ni deletrear el nombre propio al pie de una película famosa, algo es, sí, el haber nacido con esa señal de hidalguía y con ese don valioso; el de saber afinar el instrumento más difícil de afinar en el mundo, el instrumento del pensar, es decir, pulir el mismo pensamiento y dejar —exquisita herencia—, al marcharse *más*, de lo que se había recibido.

¿Qué Dios, *Deus nobis haec otia fecit*, concedió a Alfonso Reyes esos nobles ocios? El padre de las nueve hermanas, delegándolas, si no todas, por lo menos las más suaves y deleitosas como madrinas de tan gentil ahijado nacido más allá de las columnas de Hércules.

¡Con qué asentir propicio, con qué benévolo sonreír hubo de reclinarse Clío, la exacta, sobre aquella cuna oreada de palmeras! Y qué bien se reconoce y adivina esa encantadora, esa cómplice sonrisa en las horas deliciosas de aquel *Reloj de Sol* para el cual habrá que modificar la terrible leyenda: no ya *vulnerant* sino *delectant omnes*.

Anécdotas, recuerdos valiosísimos para la historia literaria de su tiempo, siluetas dibujadas con todo el confiar natural y el calor de la vida, crítica fina, juiciosa, aguda y sin embargo tan cordial —“casi crítica”, la define el mismo autor—, apuntes bibliográficos, consejos y antes que consejos, exhortaciones a jóvenes compatriotas que quieran dedicarse a las letras, de todo hay en aquellas horas, de todo y de lo mejor, no faltando la hora redonda y perfecta, en que el autor se reclina bajo un árbol en cuyas frondosas ramas no tarda “en descubrir los frutos”.

Y qué bien se percibe, en tales frutos, que no maduraron en el ambiente artificial del despacho ni con la luz escasa de la lámpara, sino bajo la caricia alada en que entraron aire verdadero, aire templado y suave, luz dorada, luz del sol y tierno y blando vagar, dulces frutos sazonados sin prisa y con todo secreto, aunque nos parezca, a fuerza de espontánea perfección, de gracia intacta y milagrosa, que debieron de henchirse en sola una noche de su sabrosísimo jugo.

¡Cuánta ciencia, sin embargo, oculta esa aparente facilidad, qué paciente elaboración bajo aquella maravillosa seducción!

Sin intención de entregarnos aquí al deporte, ya mandado recoger y, por lo demás, casi siempre falaz del *rastrear* influencias, nos complaceremos únicamente en reconocer la múltiple fuente de delectación del poeta. ¿Qué fue lo que no amó? ¿Qué fue lo que no gustó, lo que no saboreó aquel catador sutilísimo para quien no sólo la poesía, sino el mismo arte poético, al través del tiempo y el espacio, no tuvo secretos; que, después de deleitarse con la alacridad de humor y potente verdor del arcipreste de Hita, traduce con raro acierto *La joven Parca* de Paul Valéry; que, tras de recomendar a un joven compatriota, cuya inspiración religiosa se ha manifestado en una primera obra, la lectura de los poetas religiosos ingleses del siglo XVII, Herbert Vaughan, Crashaw, juntamente con San Agustín y Dante, no deja de instarle a que se compenetre de Paul Claudel "que posee todos los secretos del lirismo misterioso, al par que la elegancia de las cosas sencillas?"

El consejo que da a su amigo novicio, "fecunde, labre diligentemente su alma", él mismo, más que nadie, lo puso en práctica. Reside acaso en eso el secreto de aquel indefinible sabor a regalada miel, de aquella perfección dorada y plenitud feliz que se respira en su obra, y que nos recuerda aquellas horas vespertinas — las más hermosas de nuestros mejores días — en que, rebosando el corazón felicidad sin nombre y sin causa, (la única auténtica), mirábamos en la sombra del vergel entretejerse abejas y rayos y blanda caída de

frutas sazonadas. ¿Llegará acaso el discípulo a tan alta y difícil mesa con su sola diligencia?

Como muy bondadoso y muy cordial maestro, Alfonso Reyes quiere persuadirse. No mienta, ni quiere mentar algo esencial, algo indispensable, es decir, la calidad del alma, de la que, para valernos de la expresión del malogrado Ganivet, se trata de ser el propio escultor.

En su nueva residencia de Buenos Aires, donde le llamó una gran misión, en aquella segunda capital latina, Alfonso Reyes no dejará de ser el diligente obrero, el obrero de la hora primera del gran mago que ya va esbozándose entre los países latinos del nuevo mundo. La conocida, la excesiva modestia de nuestro gran amigo rehuiría como afrenta, como poco delicado el elogio que pudiéramos hacer de él. Cónstele tan sólo, pues, que el vacío que dejó entre nosotros nada ni nadie puede ni podrá llenarlo, que en la corona de París falta un florón desde que él se fue y que, entre los votos nuestros que vuelan a buscarle allende el mar, no deja de deslizarse uno, egoísta, que sin que nosotros lo expresemos, él no dejará de adivinar.

Mathilde POMÈS.

La Razón, Buenos Aires,

16 de diciembre de 1927.